

1992: "Annus Horribilis"

RAFAEL L. BARDAJI
Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

En su anual alocución al Parlamento, la reina de Inglaterra, Isabel II, calificaba al año que se acababa de "año horrible", en el que los peores fantasmas de la humanidad habían vuelto a aparecerse: racismo, xenofobia, limpiezas étnicas, campos de concentración, guerras étnico-tribales, guerras civiles, hambre, recesión y paro.

Y aunque sus palabras estuvieran muy influidas por las recientes desdichas de la Corona británica, la reina tenía razón: 1992 ha sido un año en el que los problemas, lejos de resolverse, se han ido acumulando y que se cierra con un fuerte sabor a decepción. En todos los ámbitos, del internacional al doméstico, de la seguridad a la economía.

1992 se abrió con numerosas esperanzas, producto de todos los acontecimientos de 1991 (victoria en el Golfo, fracaso del golpe en Moscú, preparación de Maastricht...), pero ha sido incapaz de concretarlas. Como el recién estrenado presidente americano, Bill Clinton, afirmó poco después de ser candidato electo, "vivimos en un mundo mucho más complejo y difícil del que nos podíamos esperar tras la caída del comunismo". Y lo que es peor, por lo que se ha visto en el año pasado, nada nos permite ser optimistas para el futuro.

EL MUNDO DEL POST-COMUNISMO

El año pasado se abrió con la desaparición sorprendente de la URSS. Tras 75 años de historia, el sistema social, político y económico socialista caía por su propia peso. Gorbachov había sido desplazado por Boris Yeltsin y la URSS transformada en la CEI, en la cual Rusia jugaba un papel decisivo. Pero no único. Ucrania blandiría la carta de su independencia, al igual que Bielorusia.

El efecto inmediato sería tener que contar y lidiar con nuevos países en la arena internacional, todos hundidos en la miseria cuando no desangrados por conflictos étnicos, pero algunos (como Ucrania), con auténticos potenciales económicos por explotar y, sobre todo, albergando armas nucleares de alcance estratégico a las que, a pesar de las palabras, no parecen muy inclinados a desmantelar.

Rusia se convertiría durante 1992 en el campo de experimentación de las reformas liberalizadoras, llevadas a cabo por el gobierno de Yegor Gaidar, un liberal al servicio de Yeltsin. Sin embargo, los resultados económicos, hipotecados por una miríada de problemas, no han conseguido ser muy positivos. Es más, durante el invierno, Rusia tuvo que ser directamente ayudada con víveres a fin de evitar la hambruna en partes de su suelo.

El descontento social no tardaría en tener un descontento político, reflejado de manera clara en el Congreso de Diputados del Pueblo, órgano parlamentario donde las propuestas liberales de Yeltsin acabarían siendo derrotadas y, a final de año, Gaidar tuvo que ser sacrificado en aras de un nuevo primer ministro Victor Chernomyrdin, conocido por sus vinculaciones con la planificación industrial y su carácter conservador.

De hecho, una de las primeras medidas adoptadas por el nuevo gobierno (en el que siguen presentes algunos colaboradores de Gaidar), ha sido la regulación de los precios de ciertos bienes básicos, pan, leche, carne y vodka. Esta medida no sólo supone un paso atrás, sino que agravará el ya abultado déficit público en unos 2 billones de rublos.

Políticamente, el panorama post-soviético continúa incierto. Durante 1992 conflictos étnicos en distintas partes de la ex-URSS han exigido la interposi-



Foto Pepe Diaz

ción de tropas rusas, cuando éstas no han luchado a favor de una de las partes (como en el caso de Georgia). Y de una actitud de distanciamiento se ha pasado a favorecer acciones más duras.

Cierto, el nuevo gobierno no es un claro triunfo de los conservadores, pero tampoco es una victoria de Yeltsin. A lo largo de 1992 Yeltsin ha ido jugando con su ala dura dando entrada a altos cargos militares a puestos de responsabilidad y ortorgando más importancia a la industria pesada, mientras que mantenía a un ministro de Asuntos Exteriores de talante liberal. Un difícil equilibrio al que ya jugó con pésimos resultados Mijail Gorbachov durante 1990 y 1991.

EL VIRUS NACIONALISTA

Vencido el nazismo por las armas en 1945, la humanidad se creía por encima de las disputas sobre la superioridad de las razas. Pero no es así. 1992 ha su-



puesto el renacer de todo tipo de sentimientos nacionalistas cuya expresión ha sido desigual, según los casos. Lo que parecía un derecho indiscutible de los pueblos bálticos (separarse de un centro totalitario y explotador) ha acabado por convertirse en la justificación para matanzas de miles de personas y todo tipo de sufrimientos.

El caso más sangrante tal vez sea el de la antigua Yugoslavia/ una federación de estados que acabó estallando de hecho en 1991, aunque de derecho hubiera que esperar a enero de 1992, fecha en la que la Comunidad Europea reconocía como estados independientes a Eslovenia y Croacia. Más tarde, en junio, lo haría con Bosnia-Herzegovina.

Las razones últimas de la guerra en la ex-Yugoslavia son complejas, pero de lo que no cabe duda es de que la componente racial es determinante. Cuando Eslovenia y Croacia se consideran perdidas para la Federación, el líder serbio Milosovic reclama para las

importantes minorías serbias en Croacia (maltratadas por el régimen de Tudsmán, dicho sea de paso) la posibilidad de que, siguiendo el deseo de las mismas, no se vean obligadas a convivir con croatas, sino que se integraran a Serbia. La guerra que conocemos estalla.

Bosnia, un mosaico de subgrupos nacionales y de religiones, se convertirá, sin embargo en el auténtico campo de batalla. A pesar de haber llegado a un acuerdo de repartición a finales de la primavera, los musulmanes, los más perjudicados territorialmente, se empeñarán en continuar con la lucha frente a los bosnios-serbios (y a veces también contra los croatas) con la esperanza de que ante una guerra prolongada, la comunidad internacional interviniese en su favor.

El mundo intervendrá, pero muy moderadamente. Se condenará en la ONU la agresión serbia; se impondrá un bloqueo económico poco efectivo y sólo, tras el horror público ante las atrocida-

des cometidas por unos y otros, los líderes occidentales acordarán poner en marcha una campaña de ayuda humanitaria destacando tropas bajo la bandera de la ONU.

La verdad es que una intervención masiva contra serbia, la conculcadora de los principios básicos del respeto a las fronteras y a los derechos de la persona, discutida en numerosas ocasiones, se juzgará durante todo el 92 como una opción costosa, arriesgada y de escasos dividendos. Aunque serbia pueda parecer el Iraq de Sadam Husein, militarmente hablando el hecho es que la guerra en Yugoslavia no es el conflicto del Golfo: los intereses en juego para la comunidad internacional son muy bajos, indirectos y desiguales según la cercanía a la zona. No afecta a todos de una forma global.

Es más, suponiendo que se llegara al convencimiento generalizado de que sólo una acción militar serviría para poner fin a la guerra civil allí, la pregunta inmediata es ¿Y después qué? Se ocupa el país ¿por cuánto tiempo? ¿Qué gobierno se impone? Que se pudiera ejecutar una política como la que los aliados hicieron en Alemania y Japón tras el 45 es dudoso. Y sin alternativa política de nada vale la victoria militar.

LA GEOECONOMIA

Para los Estados Unidos, 1992 fue un año de elecciones y de recambio presidencial. No sólo ha habido un cambio de cara, de imagen, sino también de ideología y de talante. Posiblemente las elecciones del 92 se recuerden como los comicios en los que menos se habló de política internacional. Según el prestigioso analista Edward Luttwak, porque entre Bush y Clinton apenas había diferencias dignas de ponerse de relieve pero también porque en realidad las preocupaciones más acuciantes de los americanos eran su bienestar, su economía y su trabajo.

Ciertamente, 1992 ha supuesto por mor de la campaña electoral un año de relativo retraimiento para los EEUU. Ha proseguido con su diálogo bilateral con Rusia, pero se ha desinhibido del conflicto yugoeslavo de manera palpable. Los demócratas han sido por tradición más intervencionistas que los republicanos que ahora abandonan la Ca

sa Blanca, sin embargo la situación de los EEUU prima que esta vez los demócratas también miren para dentro. Los nombramientos de Clinton así parecen atestiguarlo. Su nuevo secretario de defensa, Les Aspin, es partidario de sustanciales recortes de las fuerzas armadas, aunque reteniendo la capacidad de intervenir lejos de los EEUU. ¿pero dónde?

Más preocupante se presenta el equipo económico, formado por intelectuales de opiniones "dirigistas" o "proteccionistas". El sentir común es que el gobierno americano debe proteger la industria estratégica y su comercio del juego sucio que conducen japoneses y europeos, unos mediante el cierre de sus mercados, los otros a través de los subsidios y ayudas indirectas.

Para que los EEUU retengan su primacía mundial deben reactivar su economía y ser los líderes indiscutibles del comercio mundial. Y para eso deben ser capaces de dictar las reglas de la competición, algo que como afirma el decano del MIT, Lester Thurow, sólo podrá conseguirse protegiendo el mayor mercado del mundo, los EEUU, Canadá, México y Latinoamérica.

La experiencia de la historia se supone que ha enseñado que las guerras comerciales entre los bloques sólo consiguen herir las economías de todos los implicados. Nadie discute la vuelta al proteccionismo exacerbado. Pero sí la cooperación entre bloques comerciales. Que dicha cooperación no pase a convertirse en disputas (como las recientes sobre los tipos de interés) es complicado. Y que las disputas den paso a represalias (como las anunciadas por Bush contra la Comunidad) es muy fácil.

EL SUEÑO DE MAASTRICHT

Desde el 1 de enero de 1993 los europeos de la Comunidad viven y trabajan en un mercado único. Por poco no conviven en una unión política. Así sería de no haberse frenado el proceso inaugurado en Maastricht a principios de año, por el que se daba paso al Tratado de Unión, constitución que cruzaba la frontera de lo económico y lo político y que incluso se atrevía a apuntar una defensa común europea.

Maastricht comenzaría a hacer agua

tras el rechazo danés, cuyos ciudadanos no veían con agrado, entre otras cosas, que debieran pagar a los estados despilfarradores que, además les exigían unos fondos supuestamente de cohesión. En Francia, casi la mitad de la población votaría también en contra, muchos criticando a Mitterrand, sin duda, pero también muchos orgullosos de sus diferencias culturales e históricas, nacionales en suma, arbitradas burocráticamente desde Bruselas. John Major tendría a su vez dificultades con sus propios parlamentarios para la aprobación del texto, que de hecho, está pendiente de aplicación hasta la celebración de una nueva consulta en Dinamarca.

En realidad, en los aspectos económicos Maastricht no es sino la prolongación lógica del proceso de integración europea: conseguir una moneda única y una política fiscal y monetaria central. Pero el espíritu tremendamente burocrático, dirigista, antiliberal, y la celeridad con que se pretendía conducir el proceso, amén de las contradicciones del propio texto, hicieron de ese gran paso adelante, dos pasos atrás.

Es más, Maastricht representaba la victoria de todos aquellos que opinaban que lo fundamental era aumentar la cohesión interna de la Comunidad antes de abrir sus puertas al resto de los europeos. Que no se estuviera construyendo un nuevo muro divisorio no estaba tan claro para los que se quedaban fuera.

En cualquier caso, la Comunidad, la Unión Europea, acabaría resquebrajándose por dos acontecimientos: uno, la crisis monetaria y tras el verano, fin temporal de hecho del mecanismo de cambio y del SME; el otro, la incapacidad sistemática de llegar a una posición común sobre el conflicto yugoeslavo.

Los europeos quieren vivir mejor y si para ello es necesario el mercado único, bienvenido sea. Pero de ahí a hacer de Europa un ideal político media una gran distancia. Y no se trata de que no estemos preparados para ello, puede simplemente que muchos no lo deseen.

LOS RECORTES MILITARES

El 3 de enero, Bush y Yeltsin firmaban el START II por el que se comprometían a reducir drásticamente sus arsenales estratégicos hasta dejarlos en

unas 3000 unidades. Hace unos pocos meses se hubiera recibido como un acuerdo revolucionario, hoy ha pasado sin penas ni gloria. Y ello porque, como se ha insistido siempre, las armas no son el diablo, plantean problemas cuando responden a hostilidades políticas. Uno se arma en un clima de confrontación o tensión. Uno se desarma cuando vive plácidamente (aunque se equivoque).

Si hay algo que ha quedado claro en 1992 es que el factor estratégico, la fuerza militar ya no juega el papel central que ha disfrutado anormalmente desde los primeros años de la guerra fría. Y que las fuerzas armadas tendrán que reestructurarse en hombres, doctrinas y medios a fin de adecuarse a las nuevas circunstancias. No hay país (tal vez China) que no se vea inmerso en este proceso. Las tendencias presupuestarias lo delatan.

La tentación para los estamentos militares consiste en incrementar el contenido del concepto de seguridad, en busca de nuevas justificaciones para su existencia. Los portaaviones de la US Navy lo intentaron con escaso éxito en la lucha antidroga y siempre las brigadas antiincendios apagarán mejor los fuegos que los soldados. El resto no es ese, sino llegar a conceptos básicos de empleo, a explicar el papel que los ejércitos pueden jugar en la estabilidad de un país y en saber cuánto no es suficiente, por debajo de qué números ningún ejército puede funcionar como tal.

UN MUNDO INCIERTO

Sadam Husein vuelve a probar la cohesión y la voluntad occidental tras un año de vacilaciones. Somalia es ocupada para que su gente no muera de hambre. Angola se deshace nuevamente en su guerra civil. Golpes de estado -o intentos- en Sudamérica... No hay agresión directa contra el mundo occidental, no se percibe ninguna amenaza, sólo riesgos o problemas. No hay orden y lo peor es que, a diferencia de finales de 1991, donde el espectro de 1919 quería conjurarse a través de un nuevo concierto de las naciones, 1992, mucho más centrado en no repetir el crack de 1929, admite cierto desorden, siempre que se de en otros. ■